

LA PRIMERA VEZ QUE TE VI

I - Lo indiferenciado

Era una masa informe de pelos, pequeñas cabezas y patitas, una masa que se revolvía sobre sí misma, creando su propio ritmo. Un canon musical de latidos que daban paso a un latido común.

La humana observaba aquel cúmulo de cachorros caninos y se moría a partes iguales de gusto y de envidia. Ella no había conocido nada parecido. Suponía que esa intimidad les otorgaba protección a la vez que fortaleza. Calor y entrenamiento mediante el constante trasiego para encontrar su lugar. Y los debía de hacer muy tolerantes a los cambios exteriores, parecían no estar quietos en ningún momento. Tendría que ver con el frío también, abril en la provincia de Ávila puede resultar gélido en las madrugadas. Los bebés de tres semanas se pisoteaban unos a otros, se apartaban con las patitas y volvían a caer de nuevo en la masa de cuerpos, de cuerpecitos, a la que pertenecían. Más que juntos, apelmazados los unos contra los otros, eran como una cama para sus hermanos, en esos primeros días en el mundo.

Es una buena forma de entrar en la vida, pensó. Se fijó en un hocico que sobresalía de la montaña de carne entre tierna y bruta. Una perrita se esforzaba en sacar la cabeza por un lateral de la camada; parecía a punto de asfixiarse, como si fuera un nuevo nacimiento. Vió su cabecita descollar y por suerte, la valla que se interponía entre ellas no le permitió ceder a su impulso de ayudar a la cachorra a salir de la masa. Pensó, qué cara de buena tiene, se ve que es a la que más aplastan y ella tiene mucho más cuidado que sus hermanos en su forma de moverse entre ellos, es menos bruta que el resto.

Quizá por eso creyó que era una hembra, porque realmente no tenía otro indicio aparte de esa carita tan tierna, tan nueva, con los ojitos todavía medio cerrados, para su fortuna; pues en ese momento en el que estaba casi liberada, una pata proveniente de alguno de sus hermanos la empujó en el ojo izquierdo. La perrita cerró los ojos con fuerza y movió la cabeza, la patita se quitó, y en un último esfuerzo, que parecía supremo para su pequeño cuerpo, aquella perrita con cara de buena se liberó de la masa de sus hermanos y cayó fuera de la camada. Se quedó mirando a la humana, o mejor dicho oliéndola, pues tenía los ojos muy poco abiertos y no parecía ver nada. Y tras unos segundos cara a cara con la humana, con la verja de rombos metálicos siempre en medio, la perrita canela se levantó sobre sus gordezuelas patitas, le dio el culo, y empezó a escalar la montaña de carne para volver a integrarse en la camada. Se repanchingó en la cima y en seguida patitas y morritos, espaldas acogedoras y tripitas calientes, empezaron a vadearla y a cubrirla hasta casi sofocarla, y la escalaron entre unos y otras hasta que finalmente se la llevaron para adentro mientras un nuevo miembro ascendía a la cumbre de la camada.

La humana se preguntó si sabría diferenciar aquella carita del resto de sus hermanos y hermanas. Y entonces supo que era el momento de dejar de mirar, pues el siguiente paso sería quedarse con uno de los perritos que su amiga le había ofrecido y ella había rechazado escandalizada. No me gustan los perros, gracias. Soy más de gatos, tuve uno y no creo que pueda volver a tener una relación así con nadie. Además yo soy muy comodona, y tengo una vida de viajes y reuniones en la que no cabe una perra.

Peor para la humana, pensó el universo.

Mejor para mí seguir con mi vida a la que me siento por fin adherida, pensó la humana. Pero su adherencia a la vida, tal y como la conocía, estaba a punto de quebrarse, si ella lo permitía...

II – Fuera de cálculo

Un mes más tarde nuestra humana tuvo una percepción. Fue en un taller de Feng Shui que se organizó en casa de Yolanda, la amiga que había tenido la camada de perritos.

– Imagina que descubres una cueva y entras en ella.

Era la voz del facilitador del taller, guiándoles en la meditación inicial. Imagina que entras en la cueva y hay un fuego en ella. Junto al fuego hay una persona. Escucha si la persona te dice algo.

La humana escuchó lo que el hombre de la cueva tenía que decirle.

Al finalizar el taller, mientras se despedían, Pablo se acordó de preguntarles: ¿os ha dicho algo la persona junto al fuego? No, dijo una, y luego otro, y luego otra. No. No. No. Y entonces nuestra humana dijo:

– Sí, a mi me ha dicho algo, pero es una tontería y no le pienso hacer caso.

– ¿...?

– Me ha dicho... bueno, ya ves, ni loca; que coja un perrito de la camada que está fuera. Ya te digo, ni loca lo hago. No cabe un perro en mi vida.

– Sí, desde luego, no te metas en esos líos – intervino Pablo—. Igual es que necesitas la energía del perro para trabajar algo a nivel energético. Coge de la baraja la carta de la medicina del perro y mira a ver si te resuena con lo que tienes que hacer en este momento de tu vida.

Tomó la carta y leyó. Cuidados, fidelidad, amor incondicional.

– No, no me resuena nada– y se fue tan contenta a comer a su casa.

III - ¿Y ahora qué?

– Así que no quiere saber nada de la perrita– sentenció el sabio del consejo celestial.

– Dale una semana más, sólo una semana– intercedió la abuela.

IV – Decisiones drásticas

Una semana después hizo una llamada a Yolanda.

- ¿Te queda algún cachorro?

Al volver a casa del taller de Feng Shui, la idea no se le había ido de la cabeza. Le seguía pareciendo un despropósito, así que decidió esperar a que se le pasara, pero, se dijo a si misma, si al cabo de una semana la idea persistía, la consideraría en serio y tomaría una decisión consciente.

La semana pasó y el pensamiento volvía con intermitencia. Cuando venció el plazo, la idea seguía allí, llamando a la puerta. Entonces decidió hacerla caso. Y quiso el destino, la casualidad o la sincronía, esto queda a gusto de quien lea; que ese fin de semana coincidiera con Cristina para ir juntas a la celebración del 15M en Madrid. Pasaron la tarde juntas, y al final de la marcha se tomaron una bebida en Lavapiés.

Entre sorbos le contó la idea que le había asaltado unos días antes. Cristina le dijo inmediatamente:

– Adopta un cachorro de Yolanda, son una pasada. Pero mira que sea una hembra.

Le expuso todos los beneficios de que fuera hembra. Y nuestra humana se dijo, vale, si le queda una hembra la adopto. Si no, no. Y no se permitió pensar más en el asunto. Y así fue como llamó a Yolanda para preguntarle si le quedaba algún cachorro.

– Ay, nooo, ya los hemos dado todos.

Sintió un gran alivio. Genial, podía seguir con su vida, lo del perro había sido una locura transitoria, un lapsus de su conciencia, una falsa señal. Pero Yolanda añadió casi inmediatamente.

– Bueno, a ver, nos hemos quedado con uno, pero es una perra.

Vaya, precisamente una perra, pensó nuestra humana. Y su amiga continuó.

– Habíamos pensado quedárnosla para criar. Pero la verdad es que me encantaría que te la quedaras tú. Déjame que hable con Antonio. Te llamo en un momento.

Se quedó aterrorizada. Había sido un cambio tan rápido, de la sensación de alivio a la intriga y la incertidumbre. Se recordó a sí misma: Te has dicho que si le quedaba una hembra la adoptabas. El desasosiego se hizo ola. Estoy haciendo una tontería. Espero que Antonio diga que no. Pero les queda todavía una, dos meses después, de una camada de labradores canela, que los regalan. El perro que de otra manera nunca podría tener, porque no estoy dispuesta a comprarlo. Cuando las cosas se ponen así, ¿cómo voy a decir que no?

Se preguntó dónde quedaba el libre albedrío cuando te conectabas al centro de la vida. El libre albedrío es salir huyendo. Aceptar o rechazar. Ir o venir, subir o bajar. Pero cuando la vida despliega un camino ante tí, ¿qué otra cosa puedes hacer que saltar dentro y asumir las consecuencias? Cerrarse a la nueva posibilidad es cerrarse a la vida, ¿y entonces? ¿para qué tomarse todo el esfuerzo de ir viviendo si renuncias a la parte realmente interesante? Suspiró angustiada ¿Cómo voy a cuidar de un perro? ¿De una perra? No sé nada de perros, no me gusta mandar y a ellos hay que mandarles y regañarles para que aprendan, y son sucios, comen mierda, no te digo más, cómo voy a compartir mi vida con un ser que come cacas. Y hay que sacarles a pasear todos los días.

Tienes finca, le había dicho Cris, no necesitas sacarla a diario. Sí, aunque estén en finca necesitas sacarla a pasear, le había dicho Manuel. No, no debo adoptarla, me va a trastocar toda la vida. Quizás esté exagerando y sólo suponga alguna responsabilidad más pero ¿por qué? ¿por qué me asalta la idea de tener una perra cuando nunca he tenido el más mínimo interés en ellos? Bueno, esperemos que Antonio diga que quiere quedarse a la perra y asunto solucionado. Y cuando el teléfono suena, inspira y hace una petición al universo, que me diga que no. Pero el universo pasa de ella, necesita a esa perrita por mucho que no lo sepa. Es un intento desesperado para hacerla despertar. Sola ya se ha visto que no puede.

- Almu, me dice Antonio que te quedes la perra.

Silencio.

- Ah, gracias. Pero no, no. Solo faltaba, sois demasiado generosos de verdad. Yo ni siquiera la quiero realmente.

- Mira, vente mañana, te la presento y ves si te resuena quedarte con ella.

V – Resonancia

Cristina la acompañó a casa de Yolanda. Se sentaron las tres en el salón, Cris con la perrita en brazos. Nuestra humana expuso todas las buenas razones por las que no debía adoptar una perra. La escucharon y no contraatacaron con argumentos. Yolanda le dijo.

– Te hago una oferta inmejorable, ya que tienes tantas dudas. Llévatela a casa y dentro de diez días, si ves que no te haces con ella, que realmente no es algo para ti, nos la devuelves. Mejor servicio que El Corte Inglés, eh?

La humana se reía a la vez que se sentía acorralada.

¿De verdad le estaba ofreciendo eso? ¿Se podía ser tan generosa? No entendía nada. Tampoco hacía tanto tiempo que la conocía, se había mudado hacía tan solo unos meses a esa zona de la Sierra Oeste. El taller de Feng Shui era la cuarta actividad que compartían, en realidad no se conocían. O eso creía.

Entonces se atrevió a recibir a la perrita en su regazo. Y mientras sus nuevas amigas le decían lo a gusto que parecía estar con ella, supo con claridad lo que tenía que hacer. Miró a la cachorrita que ya tenía dos meses y los ojos bien abiertos, y le preguntó:

- Bueno, ¿pero tú te quieres venir conmigo?

La perra soltó un suspiro que equivalía a todo un discurso. Yolanda y Cris estallaron en carcajadas.

- Hala, más claro imposible. Venga, llévala al veterinario que dentro de una hora cierran.

VI - ¿A qué huelen los perros?

Hay que reconocer que el veterinario fue de lo más amable. Examinó a la perra, le puso sus primeras vacunas y dio consejos muy útiles a la cuidadora novata. Le avisó que no podía bañar a la perra en 3 días debido a la vacuna. La humana se acercó la perra a la nariz, le parecía que olía asquerosa, había pensado que lo primero que haría sería bañarla.

– Sí, le dijo él, los perritos huelen a perro.

VII - Un nombre

Tras la visita al veterinario, una vez en casa, habló al teléfono con Jorge, otro amigo reciente de la zona.

– No sabes lo que he hecho, la mayor locura

– A ver, te has teñido el pelo de rosa

– Nunca me he teñido. Bueno, una vez, por probar lo que era eso, de morado. Eran solo reflejos.

– Bueno, ¿qué has hecho?

– He adoptado uno de los perritos de Yolanda. Una perrita en realidad

– ¡Has caído!– Se le oía reír al otro lado del teléfono.– Pues sí que la has liado, sí.

¿Cómo la vas a llamar?

– Todavía no es definitivo, pero quiero que su nombre tenga una “i” y una “a”, con las prisas en el veterinario solo se me ha ocurrido Lila.

– No, Lila no.

– ¿...?

– No le hagas eso

– A mi me gusta

– No, no te gusta, si no no estarías dudando.

– ¿Pues qué nombre propones tú?

– Juana

Después de pensar varios nombres que tuvieran una “i” y una “a” él recordó que tenía una amiga colombiana que se llamaba Yira.

– Yira, qué bonito, me encanta. La voy a llamar así. A ver si me hace caso. Yiraaaa.

La cachorrita estaba a sus pies durante la conversación en la cocina. Levantó la mirada como diciendo, qué te pasa que gritas así.

VIII - La primera noche

Le habían dicho que una labradora podía dormir perfectamente en la finca, fuera de la casa. También le habían dicho que de cachorra la dejara dormir dentro si quería, que ya la había separado de la madre y que ahora ella era su referencia. Cada persona le decía una cosa y solo llevaban unas horas juntas.

Había un cuarto que todavía no le había dado tiempo a amueblar. Tenía la cesta de la ropa sucia allí y había sacado unas sábanas fuera con la intención de poner una lavadora, pero con las prisas se le había olvidado la ropa de cama en el suelo de la habitación.

La perra se tumbó en el montón de ropa y se quedó dormida. Parecía estar en la gloria. Bueno, por esta noche la dejó dentro, se dijo. Es muy pequeñita.

IX - Lloriqueos

A la mañana siguiente, la humana tenía que trabajar y la perra la seguía por toda la casa lloriqueando para llamar su atención. Si le hablaba y la miraba, la perra estaba tranquila, pero en cuanto se daba la vuelta para hacer algo, la otra soltaba unos gemiditos que la exasperaban.

Se empezó a agobiar, porque eran las 8.15 y a las 8.30 tenía la primera reunión. Estaba encendiendo el ordenador. Le dijo, mira, Yira, yo tengo que trabajar. Si tú quieres vivir en esta casa y tener comida me tienes que dejar trabajar tranquila. No puedo hacer reuniones y que se oiga a una perrita de fondo lloriqueando, ¿entiendes? Una cosa es que trabaje desde casa y otra que pueda estar pendiente de ti. No puedo; mientras trabajo solo estoy trabajando, necesito calma y toda mi concentración en ello. Ya es bastante estresante el trabajo de por sí. ¿De acuerdo? La perrita lloriqueó y la miró con cara de

total indefensión. No me cuentes tu vida, le dijo, necesito estar tranquila en cuanto me siento en esa silla a trabajar. Esto innegociable.

Se olvidó de la perra y se colocó los auriculares, luego se los quitó, le molestaban. Prefería hacer la reunión con el altavoz del ordenador. Saludó:

– Good morning everyone

– Good morning “Almudina”– se oyeron distintas voces desde el otro lado.

Hizo la reunión y resolvieron lo que buenamente pudieron. Aquello era un caos continuo, problema tras problema y así varios proyectos.

Cuando se levantó de la silla descubrió con sorpresa que la perrita estaba allí, mirándola, callada.

– Vaya, muchas gracias. Así va a ser todo mucho más fácil. Gracias de verdad.

Se dirigió a la cocina a hacerse un té y la perrita la siguió, lloriqueando de nuevo.

X – Y pasa la vida...

Pasó el tiempo como pasa la vida, cada día con un torrente de acontecimientos.

Empezaron a ir a clase de adiestramiento y las dos lo hacían muy bien. Aprendían rápido juntas.

XI - La parte más hermosa de la vida

A veces se descubría soñando despierta una especie de mito en el que una divinidad canina juntaba en un cuenco los ingredientes más hermosos de la vida. Un poco de amor incondicional, un tanto de la más limpia belleza, un gramo de simpatía, un buen pedazo de ternura, un puñado de inteligencia. Los juntaba al tuntún, le ponía una tapa al cuenco y lo agitaba como si fuera una maraca africana, de esas gordas que tienen caracolas atadas con un hilo por fuera (Shekere, parece que se llaman). Cuando la divinidad canina abría el cuenco y soplabá, aparecía Yira. Eso pensaba nuestra humana tumbada en el sofá, mirando el techo de la casa que compartían. Y entonces bajaba la vista a los ojos de la perra, que tenía la cabeza apoyada en sus piernas. Sí, confirmado, no podía haber nada más bello en el mundo. ¿Cómo se puede ser tan guapa con la cara llena de pelo?

XII - La hora de la verdad

Si no hubiera empezado por el principio empezaría por este momento. Yira tiene poco más de un año y la han desahuciado.

Lleva 8 semanas dando gritos de dolor. Ha dejado de comer. Le han suministrado antiinflamatorios y corticoides. El diagnóstico es miositis masticatoria, una enfermedad que cursa con dolor facial e incapacidad total o parcial para abrir la boca. Se lo ha diagnosticado el veterinario de Madrid de toda la vida. Y lo reafirman en la clínica de Ávila a la que la he llevado a pedir una segunda opinión. Es la tercera opinión veterinaria que pido. En la primera le habían dado un antiinflamatorio y habían dicho que no era nada. Que esperase unos días.

Está tumbada en el sofá, lo cual es ya un alivio, porque cuando tiene mucho dolor se va a un agujero que ha hecho en la tierra de la finca y se mete ahí a temblar y a gemir. Es un agujero en el que cabe de cuerpo entero. La puedo ver desde mi mesa de trabajo a través del ventanal que da al jardín. Yo hablando en inglés y ella gimiendo ahí fuera. Yo impotente por no poder ayudarla.

Pero ahora está en el sofá, mirándome con cara de pena, mirándome todo el rato. Caigo hipnotizada en sus ojos, parece que quiere decirme algo. Sin pensarlo le digo:

– Yira, si este es tu momento, si tienes que partir, yo te acompaño en tu muerte. Si es eso lo que se requiere lo haré, pero, de verdad, ¿tú estás para morirte? ¿es eso lo que toca?

Y clarísimamente sus ojos me dijeron: No, no toca eso. Ni de lejos, están confundidos, sigue buscando, sigue.

– De acuerdo, le dije. Pero me queda poco tiempo, ya me han dado un sedante para ti como próximo tratamiento y llevas días sin comer.

Ese mismo día, durante la hora de la comida, saqué una lista de veterinarios. Llamé pacientemente a los que me parecían los mejores: a la universidad, a un hospital de animales, a una veterinaria holística que me habían recomendado fervientemente.

En la universidad me dieron cita para 3 días después. La veterinaria holística vivía a una hora y media, y por cuestiones de trabajo no podría ir tan lejos hasta dos días después. El hospital veterinario privado tenía todas las consultas generales copadas hasta la semana siguiente.

Estuve mirando en internet qué podría ser lo que le pasaba a Yira si el diagnóstico estaba equivocado. ¿Algo de tipo neurológico? Llamé al hospital de nuevo.

– Hola, acabo de hablar contigo hace un rato. ¿Puedo pedir cita para el neurólogo?

– Uff, el neurólogo tiene lista de espera de 2 semanas.

Silencio.

– ¿Puedes mirar la agenda por si hubiera un hueco libre?

– Claro, no me cuesta nada.

– Muchas gracias.

Se oye el tecleo de fondo, gente que pasa por detrás de la asistente. Un silencio de nuevo. Una exclamación de sorpresa.

– Mira, justo tiene una cita libre mañana, alguien que debe de haber anulado hoy mismo.

– Por favor, dámela.

– Cuesta el doble que la consulta normal.

– Me parece bien.

– De acuerdo, mañana a las 10.45. Parece que has tenido suerte.

– Gracias por haber mirado la agenda. Muchas gracias

– Que tengas suerte también mañana.

Quise volver a darle las gracias. No me salió la voz. Pero supe que a la asistente le había llegado el mensaje.

Por fin buena suerte, estupendo. A ver si sirve de algo. Tengo cita para mañana en el hospital, pasado mañana en Chinchón y al día siguiente en el servicio de veterinaria de la Complutense. Casi imposible conseguir cita tan rápido con gente tan especializada. Ahora sólo queda pedir el permiso en el trabajo para ir mañana a las 10.30 al hospital.

– ¿Un permiso para llevar a tu perra al hospital?

– Me la han desahuciado.

- Almudena, mañana viene nuestro jefe de Inglaterra. Va a estar 3 días. Todo el mundo va a estar en la oficina. ¿Vas a faltar por llevar a tu perra al hospital? ¿No puedes ir por la tarde aunque faltes a la cena?
- No hay otra cita. Voy a ir.
- No te puedo dar el permiso para llevar una perra al hospital.
- Cuanto lo lamento. Voy a ir.
- Pues pídete el día de vacaciones.
- Perfecto. Gracias.
- A Paul no le va a gustar nada.
- Ya imagino. Voy por la tarde aunque tenga el día de vacaciones.
- No, no te molestes.
- De acuerdo. Muchas gracias.

No lo dijo en alto, pero pude oír perfectamente en mi cabeza la voz de mi jefa diciendo (vete a la mierda).

XIII - Salvadas por la campana

Jorge me acompañó a llevarla al hospital. En realidad nos llevó él a las dos. Para entonces yo estaba tan desquiciada que lloraba si no me cedían el paso en las rotondas. El análisis neurológico dio normal. Jacinto, que así de florido se llamaba el neurólogo, dijo que no se le ocurría nada más que hacerle un TAC. Se lo agradecí infinito. Nos fuimos a tomar algo mientras la dormían para hacérselo. En el segundo café nos llamaron por teléfono. Ya tenemos diagnóstico para la perra. Son buenas noticias. ¿Buenas noticias? Eso sí que no me lo esperaba. Tiene una infección muy severa, en la zona del cráneo. Se ha extendido por toda la parte posterior una corona de pus que es lo que le provoca los dolores. La vamos a abrir para drenárselo, aprovechando que está aquí y está dormida. Después de la operación, con antibióticos, no debería tener ningún

problema en recuperarse, al menos de esto. Si tiene otra cosa ya no sé decirte. Esto es lo que vemos.

Cuando nos la trajeron a la sala de espera, ya se la veía otra cara a la perra, incluso recién operada. Detrás de su agotamiento aparecía su gesto habitual de felicidad, el que no había tenido en semanas.

Nos quedamos los dos maravillados. Ya está, era eso. Y en vez de darle antibióticos, que era lo que necesitaba, se le habían administrado corticoides, que deprimen el sistema inmune, justo lo contrario de lo que necesitaba. Qué extraña pesadilla.

Al volver a casa me puse a anular las citas que tenía pendientes y que ya no necesitaba. Sin embargo, acordé con Rocío, la veterinaria holística de Chinchón, llevar a la perra a su consulta en un par de semanas, cuando ya se hubiera recuperado de la parte física. No me pregunté para qué la iba a llevar si estaba recuperada, sentía que iba a ser algo bueno para la perra, nada más. Pensaba que algo nuevo tenía que ocurrir a raíz del sufrimiento de Yira. Si tres veterinarios competentes se habían equivocado debía de ser por alguna buena razón. La única novedad o aprendizaje que me podía traer esto era acercarme a un tipo de terapia a la que estaba dando largas. Una terapia natural que aplicaba una veterinaria en Chinchón. Una veterinaria que entendía que la medicina alopática era el complemento a la medicina natural, y no al contrario. Conocía de la existencia de Rocío desde hacía meses pero no me decidía a ir hasta allí porque era lejos, a una hora y media de viaje desde mi casa, y luego la vuelta. Una paliza. Pero ahora tenía la motivación. Me parecía que la enfermedad mal diagnosticada de Yira me había sacado de mis casillas para que yo pudiera abrirme a algo nuevo a lo que estaba dando la espalda. Y que Yira se merecía la mejor de las terapias si podía dársela.

XIV – El Nahual

Más que una consulta veterinaria parecía un rancho mejicano. No sé por qué mejicano. Quizás por la zona de caballos. Y por la casa de madera . Probablemente son restos inconscientes de alguna película.

Rocío me pareció seria y muy calmada. Daba gusto hablar con ella. Una de esas personas que transmiten seguridad solo con mirarla. No una seguridad impostada de esas de me pongo la bata y lo puedo todo. Pero tampoco era un seguridad natural. Evidentemente, se había trabajado a si misma. Y esa percepción de que era una seguridad tan arduamente trabajada como su carrera universitaria, me hizo conectar con ella desde el principio.

Yo no sabía a lo que iba. Ni idea tenía. Yira ya estaba curada. Teníamos que cuidarle la herida de la boca por donde le habían drenado pero no había más recomendaciones de momento.

Rebeca, la veterinaria ayudante, empezó a hacer el reconocimiento. Comenzó con toques en distintas partes del cuerpo. Pero no era una exploración manual al uso. Palpaba como si escuchara música con las manos, una música lejana. A los cinco minutos del reconocimiento la perra empezó a soltar lenguetazos a Rebeca. Pensé que la estaría estorbando para su trabajo.

– Ay, perdona, es que es demasiado sociable. Yira no hagas eso.

– No, que va, me encanta. Es una gozada como veterinaria que los pacientes te den besitos.

Así que las dejé estar, Yira comiéndosela a besos.

A los 40 minutos de reconocimiento volvió a la sala Rocío y Rebeca le dijo lo que había observado.

Rocío se puso a hacer un masaje a Yira. Aquél día no habló mucho, pero no dejó sin decir nada de lo imprescindible.

Al principio la perra estaba un poco molesta.

– A tu perra no le gusta sentir que no tiene el control, me dijo

– No sé.

– Seguro que eso lo ha aprendido de tí.

Silencio incómodo. Lanza su pregunta

– ¿Qué ha ocurrido?

– A la perra le han diagnosticado miositis masticatoria, al final era una infección.

Probablemente una espiga o una herida en la boca le creó una infección por la parte posterior del cráneo.

– Sí, ya he visto el resultado del TAC, se ve perfectamente la corona de pus, es impresionante la infección que tenía. Pero mi pregunta es qué ocurrió.

– No sabemos, fuimos de viaje a Granada, a casa de unos amigos. En la finca había un estanque con agua sucia. Puede que se hiciera una herida jugando con un palo y luego bebiera agua estancada, a ella le encanta hacer esas cosas. Ya a la vuelta en coche la sentí un poco baja. Cuando paramos a descansar le costó bajar del coche. Al día siguiente después de dormir ya estaba mejor. Pero luego volvió a empeorar.

– Ya...

Rocío empezó a sentir con sus manos la columna vertebral de Yira. No sabría expresar de otra manera lo que hacía. No daba masaje, o sí; parecía que buscaba algo entre las vértebras, ahí estaba de nuevo esa actitud de escuchar con las manos una música lejana.

La perra se dejaba hacer aunque a veces miraba de lado con los ojos en un gesto de desconfianza. Pero se dejaba.

En un momento, la veterinaria se puso detrás de la perra, y desde el coxis, hasta el cuello, le recorrió la columna con la parte inferior de su mano. Yo estaba frente a ambas, mirándolas, callada. Mirando a los ojos a mi perra amada. Y entonces vi cómo le cambiaba la expresión. Cuando la mano empezó en el coxis, la perra estaba bien, un poco mosqueada pero tranquila. Al ir la mano avanzando, vi en su mirada una mezcla de sorpresa y profundo bienestar. Al ritmo que Rocío seguía avanzando lentamente con su mano, con fuerza, los ojos de Yira se fueron transformando y una luz surgió de ellos, una mirada que revelaba liberación y al final una profunda paz. Cuando la mano de Rocío llegó al cuello, la mirada de la perra era... ¿cómo decirlo? Como la de un yogui iluminado (se me escapó una risita), no se me ocurre otra forma de expresarlo. Me recordaba a la mirada de mis compañeros de clase de yoga cuando hacíamos una sesión profunda, sobre todo de estiramientos hacia adelante, o de pranayama, y a la vuelta de la postura, veía los ojos de alguien con una luz especial y una calma que suponía un cambio radical con respecto a lo que normalmente transmitían.

Mira, le dije a Jorge, se le han puesto ojos de iluminada. Él la miró y dijo, ostras, es verdad (más risas). El resto de la sesión Yira se abandonó por completo a las manos de Rocío. Y al final, cuando se le puso a tiro, comenzó a comérsela a besos a ella también. Pero ahora con una intensidad que me daba casi envidia. Gracias, gracias, gracias le decía la perrita. Y Rocío le contestó, Dale las gracias a Almudena, que es la que te ha traído hasta aquí.

Al final de la consulta Rocío volvió a atacar.

– ¿Entonces por qué piensas que ha ocurrido todo esto?

– No sé, ha sido un accidente.

– Un accidente.

Mirada significativa.

– Bueno, hay una razón que yo creo que es la razón, pero no lo digo más porque cuando lo he comentado a los veterinarios a los que la llevé al principio me dijeron que eso no tenía nada que ver.

Rocío asintió.

– Cuéntame.

XV - La parte difícil

Entonces le expliqué que la perra había corrido a saludar a una niña pequeña en un paseo por el monte. La niña se había asustado al ver correr la perra hacia ella, y al padre no se le ocurrió nada más que liarse a patadas con Yira. Aun cuando yo ya la tenía sujeta después de llamarla y ella atender, el padre vino donde estábamos nosotras a seguir pegándole patadas. La perra no había ni tocado a la niña, sólo había corrido en su dirección y luego se había sentado a esperar que la niña jugara con ella. La madre había cogido a su pequeña en brazos y la tenía completamente fuera del alcance de la perra, que esperaba que la bajaran para dejarse acariciar y tirar del rabo, que era a lo que los niños la tenían acostumbrada.

A Yira parecía que no le dolían las patadas y seguía moviendo el rabo, ansiosa de jugar con la pequeña. Ni se había enterado que la niña y el padre habían sido presas del pánico.

Aquello me convenció de tomar precauciones. Por muy buena que fuera, todavía estaba sin educar realmente. Si quería poder llevarla a todos lados, era importante que

aprendiera a tratar con los humanos, con todas las clases, no solo con los que amaban a los animales de otras especies.

Le hice un seguro, aunque no era legalmente necesario.

Y empecé clases de adiestramiento. Al poco le vino el primer celo y duró una eternidad, tres semanas... Encontré un adiestrador que viniera a casa. A todos nos gustaba mucho.

El adiestramiento era todo un éxito. La perra y yo aprendíamos a toda velocidad juntas. Entedí que el adiestramiento era también para mí; aprender a confiar en la perra, tener seguridad en mi misma para poder transmitírsela cuando ocurría algo. Lo único que se nos resistía era la comida en la calle. Yira era una máquina de encontrar huesos cocinados astillados, bolsas con restos de no se sabía qué, sustancias que lo mismo podían ser harina que veneno. Como buena exponente de la raza labrador, la comida le perdía. El adiestrador me dijo que solo había una manera de asegurarse la obediencia de un labrador para que no comiera. El collar eléctrico. Un collar que da descargas de distinta intensidad. Dije que no. De plano. Y seguimos con el entrenamiento en otras áreas. Atendía a la llamada cada vez mejor, era excelente sentándose y quedándose quieta (no más de 15 segundos, también es verdad, pero suficiente para sujetarla si venía un coche) y alguna cosa más. Pero con lo de la comida no había avances significativos.

A veces hacíamos el entrenamiento fuera de la casa, cerca de un contenedor de basura que solía tener restos de los festines que se daban los gatos silvestres, expertos en sacar bolsas para comer tranquilos en el suelo. Durante el entrenamiento lograba contenerse, y cuando acabábamos, si nos despistábamos hablando un rato, Yira se escabullía y se iba al contenedor de basura a darse su premio por lo bien que se había portado delante de nosotros. Finalmente accedí a la insistencia del adiestrador. No era mucha la intensidad

que había que darle, lo suficiente para que se le quedara el condicionamiento de que comer comida de la calle era desagradable.

La primera sesión con el collar fue a la vuelta de Granada, dos días después. Yira parecía estar bien. Nada raro. Le hicimos la sesión del collar y la perra soltaba un gemidito con cada descarga, pero seguía comiendo. Bueno, es la primera, dijo, en dos sesiones más te aseguro que se te acabaron las preocupaciones de que la perra coma huesos astillados o venenos en la calle.

Pero no hubo más veces. Al volver a casa Yira parecía normal, pero a la mañana siguiente, al ir al plato de comida, dio un gritito al intentar masticar y soltó la pieza. Ahí empezó la odisea de las nueve semanas que ya se ha contado. La perra gritaba cada vez que movía la mandíbula.

XVI - Coherencia

A Rocío se lo conté mucho más resumido. Con dos frases fue suficiente.

– Eso me cuadra más con lo que me llega de ella

No entendí qué quería decir con esa frase de “con lo que me llega de ella”. Seguí callada mientras la escuchaba hablar

– La perra ha sufrido un dolor terrible durante semanas, tiene los músculos agarrotados.

Ha reaccionado muy bien al masaje pero aconsejo que volváis en dos semanas.

– De acuerdo. Muchísimas gracias.

XVII - ¿Comunicación animal?

En ese tiempo yo miré en la web de Rocío para tener más información de lo que le había hecho a Yira con resultado tan espectacular, Yira había recuperado su energía al 100% tras la sesión en El Nahual. Masaje craneosacral para animales. Investigué también el significado de la palabra Nahual, que daba nombre a la clínica. Un ser sobrenatural que tiene el poder de tomar la forma de un animal. Qué nombre más chulo, pensé. Y entonces fui a la sección de cursos. Curso de Telepatía con animales. Leí el texto: “Con este curso podrás saber cómo se siente tu animal, qué le gusta, si tiene alguna molestia física, porqué está contigo o entender porqué se comporta de una determinada forma en alguna situación.” Qué interesante, pensé, y seguí leyendo: “La telepatía es algo innato en todos los seres de la Madre Tierra, un lenguaje que nos une a todos. No necesitas tener ningún don para usarla porque está dentro de tí. No necesitas ser especial porque todos podemos hacerlo. “

No puede ser, pensé. Esto no tiene ningún sentido. Miré alguna información más sobre el tema y cerré el ordenador.

A las dos semanas, de vuelta en la consulta, Yira estaba mucho mejor y Rocío pensaba que no había que llevarla hasta 2 o 3 meses después si nos apetecía. Entonces le pregunté por el curso tan raro que había visto anunciado en su página web.

– Oye, ese curso que pone en tu web de Telepatía con animales...

– ¿Sí?

– ¿En qué consiste exactamente?

– En hablar con los animales por telepatía

Silencio

– Ya...

Rocío seguía recogiendo sus cosas, aparentemente impasible, pero ahí estaba esa escucha de una música lejana, o de animal selvático que atiende al sonido de otras especies. Continué.

– Y eso, ¿cómo funciona? ¿puede hacerlo todo el mundo?

– Sí, cualquier persona puede.

– ¿Y yo podría hacerlo?

Rocío me mira, no sé si está divertida o piensa que soy tonta.

– ¡Pues claro!

– Ya... pues me apunto

– Genial. Te va a gustar mucho, ya verás.

Pensé que era tirar el dinero, la verdad. Pero sólo por curiosidad haría el curso. Si Rocío decía que se podía hablar con los animales... bueno, eso era un sueño infantil. No veía cómo podía casar eso con la realidad que yo conocía, no podía creer que fuera cierto, pero si era mentira, tendría que comprobarlo por mi misma.

XVIII - La realidad es aquello que cuando dejas de creer en ello, sigue existiendo.

El primer día del curso, un sábado de junio, me enfrentó de cara con todos mis prejuicios. Tuve que saltar por encima de ellos para hacer un intento sincero de comunicación. Y funcionó, vaya que si funcionó. Cuando volví a casa por la tarde no me lo podía creer, a pesar de todas las evidencias. Tenía pruebas contrastables de que había hablado con animales. Y encima la comunicación que mejor me había salido, era con uno que había fallecido hacía años. Toma baño de realidad mágica. Estaba agotada, decidí no pensar.

A la mañana siguiente tenía otra hora y media de viaje para estar en Chinchón a las 10.00. Durante el trayecto empecé a ser consciente de lo que realmente había pasado.

Miraba las montañas que quedaban a un lado y sentía que yo era parte de esa protuberancia de tierra. Veía los pájaros volar y me decía, podría hablar con ellos, si ellos quisieran. Había adquirido una nueva perspectiva, lo miraba todo desde otro lugar. Y eso hacía parecer que el mundo era nuevo. Me sentía verdaderamente parte de la naturaleza. Entendía que yo no era otra cosa que un animal. Y me encantaba. De repente estaba conectada, pertenecía a un grupo enorme de seres vivos que se desplazan, y me podía entender con ellos. Mi mundo se había ampliado monumentalmente en tan solo un día.

El segundo día fueron más prácticas. Hablé también con sus caballos. Aston me dijo que había perdido poder, y Rubia sólo hablaba con quien le diera pan.

Ese domingo conseguí llegar a comer a las cuatro a casa de Jorge. Por la tarde, le propuse hablar con su perro, que había fallecido hacía un porrón de años. Jorge había tenido un mal duelo y todavía le dolía hablar de Bicho. El perro se había escondido por

el monte para morir solo. Estuvo buscando a su perro querido durante una semana y nunca logró encontrarlo.

Tras alguna resistencia accedió. Mientras él dormía la siesta yo comuniqué con su perro. Lo tomé como un juego, un juego serio, como juegan los niños, para conocer el mundo; el caso es que pensé, lo hago y vemos lo que sale. En la concentración inicial pedí que comunicara sólo si era para bien de los dos animales, el perro y el humano. Pedí permiso al perrito para comunicar con él, miré su foto y ahí estaba, un verdadero bicho. Durante la comunicación, que fue muy larga, pensé que me lo estaba inventando todo, pero deseché ese pensamiento; es uno de los bloqueos habituales. Cuando Jorge despertó de la siesta le pregunté si quería oír lo que había dicho su perro. Todavía se ponía triste cuando se acordaba de él.

Durante la devolución fue cambiando su cara. Revivió la relación. Bicho me dijo cosas de las que él ya no se acordaba, aprovechó para quejarse de que la correa azul era demasiado corta y para agradecerle cuando bailaba en la cocina con él en brazos; y por fin le pudo decir a su humano, que si se había ido a morir solo, no era por falta de amor, sino porque Jorge, sabiéndole mayor y enfermo, se estaba apegando cada vez más a él y le pedía que no se muriera nunca. No podía morir en paz si le tenía al lado llorando y pidiendo que no se fuera. Por eso necesitó escapar e irse solo. Terminó de convencerse de que había comunicado con Bicho cuando le dije que a la pregunta de cuál era su juguete favorito me había dicho que ninguno, y luego que sí, una pelota roja, pero era una pelota que no botaba y me enseñaba que siempre terminaba deshecha en el suelo. No le veía ningún significado, ¿qué tipo de pelota puede usarse si cada vez que juega con ella queda destrozada? pero se lo transmití igualmente. Jorge me dijo

– No, Bicho no tenía juguetes, no les hacía ni caso.

– Bueno, no tengo por qué acertar en todo, es como los humanos, a veces no captas bien la información, me habré confundido.

Pero al rato me dijo

– Oye, me acabo de acordar, sí que había una forma en la que jugábamos. Cuando cocinaba muchas veces le daba un tomate, a él eso le encantaba, jugaba con él hasta que lo espachurraba en el suelo.

Tras nuestra conversación, Jorge estuvo un tiempo haciendo cosas sin hablar y yo supe que era el momento de irme a mi casa y dejarle solo. Pero por la forma en que empezó a hablar de Bicho a partir de entonces, las pocas veces que lo hacía, casi siempre a raíz de una pregunta mía, supe que por fin había podido cerrar el duelo que estaba inconcluso con su perro.

Todavía me quedaban muchas dudas por transitar. Un día me levantaba agradecida por el nuevo descubrimiento y al siguiente me decía que no podía ser cierto. Aquí Jorge me dio un apoyo fundamental. Me decía, Si funciona es que es verdad, no le des más vueltas. Pero mi mente científica me decía que aquello no era y no podía ser cierto. Finalmente decidí darle a mi mente lo que necesitaba. Una prueba falsable, como recomendaba Popper. Me dije a mi misma que durante los dos siguientes meses haría una comunicación al día y contrastaría la información que me llegara con la persona responsable del animal. Me lo tomaría como un experimento científico que haría yo misma. Y durante ese tiempo, mi mente, a cambio, no emitiría juicios ni se sorprendería ni diría ni mu, aceptaría los datos y analizaría su veracidad. Punto.

Pedí a todos mis conocidos fotos de sus animales y a todos les encantó la idea de que comunicara con sus peludos. Entonces no sabía la suerte que tenía de moverme en un entorno tan abierto. Aquellas prácticas no programadas me abrieron las puertas a una comunicación profunda con los animales y me permitió afinar mis capacidades. Cada día tomaba la foto de un animal, hacía la comunicación y luego hablaba con su

responsable para contarle lo que había salido y contrastar si era verídica la información que me llegaba.

A los dos meses de comunicaciones y devoluciones contrastadas, me senté cara a cara con mi mente científica y le dije, Bueno, qué, esto es experimental, lo que necesitabas. Mi mente se quedó callada. Realmente, desde el punto de vista de la experiencia no se podía contraargumentar.

Todavía me llevaría tres años recolocar mi mundo. Se me habían movido todas las referencias. No podía decir que eran imaginaciones mías o darle de lado, el descubrimiento era demasiado grande; realmente había cambiado mi vida. Y mi vínculo con Yira, claro.

A veces la veo tan plácida durmiendo en el sofá, me la quedo mirando y de pronto ella abre un ojo y luego los dos, y yo le digo sin palabras, He comprendido tu mensaje, no hace falta mandar, ni gritar a los perros, ni mucho menos hacerles daño; basta con comunicarse con ellos y por supuesto, renunciar a que siempre hagan lo que tú quieras.

Y entonces Yira suspira, y si me pongo a tiro, me come a lametazos.

Puentenuevo, Ávila. Abril-septiembre 2020